

Pobres y mendigos

(πένητες y πτωχοὶ)

Bienaventurados los pobres.

Cuesta trabajo imaginar un dicho más radical en principio que *Bienaventurados los pobres*, relegado más tarde a los confines más inocuos de la normalidad, cuando no de la pura banalidad.

Bienaventurados los pobres [heke]¹ porque vuestro es el reino los cielos
(*Evangelio de Tomás 54*)

Μακάριοι οἱ πτωχοί, ὅτι ὑμετέρα ἐστὶν ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν.

Bienaventurados los pobres [ptochoi] porque vuestro es el reino de Dios
(*Evangelio de los dichos Q, 1Q: Lc 6, 20*)

Μακάριοι οἱ πτωχοί, ὅτι ὑμετέρα ἐστὶν ἡ βασιλεία τοῦ θεοῦ.

Bienaventurados los pobres [ptochoi] de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (*Evangelio de los dichos Q, 1Q Mt 5, 3*)

Μακάριοι οἱ πτωχοὶ τῷ πνεύματι, ὅτι αὐτῶν ἐστὶν ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν.

¿No escogió Dios a los pobres [ptochoi] según el mundo para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del reino que tiene prometido a los que le aman? (*Sant 2.5*).

οὐχ ὁ θεὸς ἐξελέξατο τοὺς πτωχοὺς τῷ κόσμῳ πλουσίους ἐν πίστει καὶ κληρονόμους τῆς βασιλείας ἧς ἐπηγγείλατο τοῖς ἀγαπῶσιν αὐτόν;

El problema fundamental no es precisamente la glosa «*de espíritu*» que añade Mateo al adjetivo «*pobres*», aunque sin duda alguna contribuye a distraer la atención e induce a interpretar la palabra no como pobreza material, sino como pobreza espiritual, no como pobreza económica, sino religiosa. Pero aun despreciando este hecho por considerarlo un añadido de Mateo, la propia palabra “*pobre*” plantea un problema bastante grave. Ante todo, pues, unas breves palabras sobre el vocabulario, especialmente sobre el vocablo *ptōchós* [πτωχός], que nosotros traducimos por pobre.

El texto clásico, en este sentido, pertenece al *Pluto* de Aristófanes, última de las obras del gran comediógrafo ateniense, estrenada probablemente en 388 a. e. v. El argumento de la comedia es que, al ser los malvados ricos y los virtuosos pobres, el dios de la riqueza, Pluto, debe de estar ciego y requeriría ser curado milagrosamente en el templo de Asclepio. La escena que nos interesa nos presenta a Crémillo enumerando las ventajas de Pluto -la Riqueza- frente a Penía -la Pobreza-, personificada también en una diosa.

CRÉMILLO: ¿Qué cosa buena puedes darnos tú, como no sean quemaduras en los baños, y turbas de chiquillos y viejecitas hambrientas, y nubes infinitas de chinches, pulgas y piojos, que pululando con molesto zumbido sobre nuestra cabeza. nos despiertan gritando: «Tendrás hambre, pero levántate». Y además, por vestido, unos jirones; por lecho, un jergón de junco plagado de chinches,

¹ Según la versión copta

enemigas del sueño; por colcha, una estera podrida; por almohada. una piedra grande; por pan, raíces de malva; por pasteles. hojas de rábanos secos; por escabel, la tapa de una tinaja rota: por artesa, las costillas de una cuba, y para eso rajada. ¿No quedan perfectamente enumerados los bienes que proporcionas a los hombres?

LA POBREZA: No has descrito mi vida, sino la los mendigos [ptóchôn].

CRÉMILLO: La pobreza [penían] y la mendicidad [ptôcheian] son hermanas carnales.

LA POBREZA: Para vosotros, que tenéis por iguales a Dionisio [tirano de Siracusa] y a Trasibulo [que derrocó a los tiranos de Atenas]; pero mi vida no es ni será nunca así. La vida de mendigo [ptochoú] que acabas de pintar consiste en vivir sin poseer nada; la del pobre [pénêtos], en vivir con economía, en trabajar, en no tener nada superfluo ni carecer de lo necesario (Aristófanes. *Pluto*, 535-554; ef. Rogers. 111_412-415)

Crémilo describe lo que es la Mendicidad –Ptôcheia- y a sus seguidores, mientras que la Pobreza –Penía- se describe a sí misma y a los que la padecen contraponiéndose enfáticamente a la anterior. Veamos tres comentarios -cuya extensión cada vez mayor viene a subrayar su importancia también gradualmente mayor- que vienen a destacar las implicaciones de esa contraposición de la Pobreza y la Mendicidad.

El primer comentario a este texto está sacado del libro de Arthur Robinson *Hands* en torno a la caridad y las ayudas sociales en la antigua Grecia y en Roma.

Los vocablos griegos y latinos que suelen traducirse por «pobre» casi nunca implican pobreza absoluta o miseria. Se aplicaban en particular a la inmensa mayoría de la población de cualquier ciudad-estado, a aquellos que, al no poder contar con los ingresos producidos por una hacienda lo suficientemente grande, carecían del tiempo libre y la independencia consideradas esenciales en la vida de un noble. En muchos casos, esos individuos poseían sus propias parcelas que explotaban personalmente, aunque a veces pudieran contar con la ayuda de jornaleros o esclavos... Ese tipo de lenguaje corresponde, naturalmente, a los miembros de la clase alta, a la que pertenece la práctica totalidad de los autores clásicos conservador. El tono que emplean suele ser despectivo, aunque si a quien se refiere el hablante es al pequeño propietario rustico, la cosa puede cambiar, pues se idealizaba e incluso se envidiaba el status de pequeño propietario. Por el contrario, los términos que designan la miseria absoluta —o incluso la vida en general de la clase de los labradores que no poseían tierras— raramente comportan idealización alguna. Eso es lo que ocurría con el término griego ptochós, vocablo que alude al que está encogido, y por lo tanto designa al “mendigo”.

Charities and Social Aid in Grece and Rome

Pag. .62-63 (Londres 1968)

En su estudio de la economía de la Antigüedad, sir Moses I. Finley da muestras de un refinamiento lingüístico semejante.

Los vocablos griegos *ploutos* y *penia*, traducidos por regla general «riqueza» y «pobreza» respectivamente, tenían de hecho un matiz distinto, que [Thorstein] Veblen [en su obra titulada *The Theory of the Leisure Class*] llama "la distinción existente entre explotación y trabajo" [1934, p. 15]. El *plouísios* era un hombre lo bastante rico para vivir -podríamos decir- decentemente de sus rentas, cosa que no podía hacer el *pénês*. Éste no tenía por qué carecer necesariamente de propiedades, ni siquiera ser pobre en toda la extensión de la palabra. Podía poseer una finca o esclavos, y podía también tener unos centenares de dracmas guardadas en la caja fuerte, pero estaba obligado a ganarse la vida En resumen, *Penia* significaba la necesidad de trabajar. mientras que el indigente, el hombre carente en absoluto de recursos, se llamaba por lo general *ptochos*.

The Ancient Economy

Pag.41 (Los Angels 1973)

El último comentario está sacado de la tesis doctoral de Gildas H. Hamel, que estudia la pobreza y la caridad en Palestina durante los primeros siglos de la dominación romana.

Aunque el *pénēs* fuera lo contrario del *plouísios*, lo cierto es que también estaba en el mismo lado de la barrera. Tanto los *plouísioi* como los *pénētes* definían sus respectivas identidades por contraste, mientras que el *ptochós* se hallaba al margen, y todo el mundo lo reconocía como tal. El pobre y el rico formaban parte del mismo mundo, y ambos estaban situados en una misma escala, por mucho que fuera móvil, pero el mendigo ni siquiera tenía esa posibilidad. El *ptochós* era un individuo que había perdido a la mayoría, cuando no a la totalidad de su familia y de sus vínculos sociales. A menudo era un vagabundo, y por lo tanto un forastero para el resto de la población, incapaz de exigir durante demasiado tiempo la contribución de una comunidad a la que poco o nada podía aportar... para el mundo grecorromano el *ptochós* constituía una realidad chocante. Podemos comprobar que se trataba de una dificultad real por el hecho mismo de que muchos autores griegos cristianos intentan excluir de los Evangelios la palabra *ptochós*, y de armonizar el contenido de las Bienaventuranzas con su propia idea de la sociedad. Una de las soluciones propuestas fue espiritualizar el significado de *ptochós* de diversas maneras. La otra fue reconvertirlo en *pénēs*, adjudicándole unos valores presentes ya, aunque no desarrollados, en la sociedad helenística. (pp 8 y 39).

Poverty and Charity in Roman Palestine. First Three Centuries

Pag 8 y 39 (1983)

Es evidente a qué vienen todas estas citas, tanto la de Aristófanes como la de los comentaristas actuales. El comediógrafo de época clásica creó una diosa llamada Pobreza, personificación divina de los pobres decentes y trabajadores, y, por lo tanto, por oposición a la indolencia de los ricos ociosos, pero en ningún momento creó ninguna diosa llamada Mendicidad, no hizo ninguna apoteosis de la Misericordia. Eso fue, sin embargo, lo que hizo Jesús. Paradójicamente Jesús habla no de un Reino de los Pobres, sino de un Reino de los Menesterosos.

Así lo pone de manifiesto la versión griega del *Evangelio de los dichos Q* que está detrás de las de Lc 6, 20 y Mt 5, 3, donde se afirma que los bienaventurados no son los pobres o *pénētes*, sino los menesterosos o *ptôchoi*. Igualmente lo pone de manifiesto la versión copta del *Evangelio de Tomás 54*, que utiliza el adjetivo *héké*. No existe ningún fragmento análogo en griego, pero sí disponemos de la correspondiente versión griega de la copta de *Ev. Tom 3 y 29*.

Cuando os conozcáis a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y sabréis que sois hijos del Padre que vive. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, entonces estaréis en la miseria, ¡y vosotros mismos [seréis] la miseria (Ev Tom. 3)

When you come to know yourselves, then you will become known, and you will realize that it is you who are the sons of the living father. But if you will not know yourselves, you dwell in poverty and it is you who are that poverty."

Jesús dijo: Si la carne se ha producido a causa del espíritu, es milagro. Pero si el espíritu se ha producido a causa del cuerpo, ¡es un milagro doble! Y yo me sorprenderé de que semejante riqueza haya llegado a morar en semejante pobreza (Ev. Tom 29 [Doresse 34])

Jesus said, "If the flesh came into being because of spirit, it is a wonder. But if spirit came into being because of the body, it is a wonder of wonders. Indeed, I am amazed at how this great wealth has made its home in this poverty."

En ambos casos se habla de la "pobreza", en el sentido negativo de pobreza espiritual, denominada *ptôcheía* en griego y expresada en copto mediante la formación abstracta *mnt-heke* (Emmel, pp_ 276 y 289). Podemos, por tanto, tener la completa seguridad de que el traductor copto encontró en el texto griego correspondiente a *Ev. Tom. 54* la palabra *ptôchoi*, lo mismo que les ocurrió a Lucas y a Mateo con el *Evangelio de los*

dichos Q. Podemos asimismo tener la seguridad de que, a diferencia de Mateo, Tomás no pensaba que se refería a la pobreza espiritual, pues para éste la pobreza material era riqueza espiritual. Del mismo modo, las invectivas que se lanzan contra los ricos en Sant 1,9-11 y 5, 1-6 ponen de manifiesto que debemos tomar muy en serio y en sentido literal a los menesterosos de los que se habla en 2, 5.

Las bienaventuranzas de Jesús declaraban benditos no a los pobres, sino a los menesterosos, no a la pobreza, sino a la mendicidad. Recordemos, por un momento, los tipos de estratificación de las sociedades agrarias establecidas por Gerhard E. Lenski², que estudiamos en la primera parte de la presente obra. Según esta tipología, Jesús habría hablado de un Reino no ya para la clase de los Campesinos o la de los Artesanos, sino para la de los Impuros, los Degradados o los Despreciables.

Esta versión se ve reforzada al examinar otras tres bienaventuranzas, todas ellas procedentes del propio Jesús, Se trata de los complejos *Bienaventurados los tristes*, esto es, los que lloran o los que gimen, y *Bienaventurados los que pasan hambre*, que prácticamente son sinónimos de *Bienaventurados los pobres* y, por lo demás, no añaden ningún elemento particularmente nuevo al radicalismo de su mensaje. La cuarta bienaventuranza, sin embargo, *Bienaventurados los perseguidos*, requiere mayor comentario. Si entendemos que dicha bienaventuranza constituye una «descripción muy gráfica de la persecución sufrida por los predicadores cristianos que hablaban en nombre de su Señor celestial», deberíamos considerarla un desarrollo tardío, y no un dicho original de Jesús; sobre todo

la manera en que está formulada constituye un intento de fijar los límites del grupo definiendo ya sea de forma negativa a los «integrantes del grupo» a partir del rechazo de que son objeto por los «no integrantes del grupo», o bien de forma positiva por su adhesión a una determinada confesión o *lógos*. o apelando a una explicación trascendental de dicha pertenencia (elección o predeterminación). Resulta difícil pensar que el Jesús histórico utilizase un «lenguaje limitativo» tan fuerte, pues parece que su atractivo se basaba precisamente en el rechazo o la eliminación de ese tipo de lenguaje (Kloppenborg. 1986. pp. 36 y 49).

Sin embargo, basta echar una ojeada a las tres fuentes independientes de esta bienaventuranza para comprobar la gravedad del problema y probablemente para poner en tela de juicio la conveniencia de utilizar el concepto de *persecución* en este título. En primer lugar, 1 Pe no habla en ningún momento de persecución, sino sólo de padecimiento -en 3, 14a-, y de ultrajes en 4, 14. En segundo lugar, quizá también en el *Evangelio de los dichos Q* faltara toda alusión a la persecución: Lc 6, 22 dice: «Bienaventurados seréis cuando aborreciéndoos los hombres, os excomulguen. y maldigan. y proscriban vuestro nombre como malo»; Mt 5, 11 dice: «Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal». Pero Mt 5, 10 ya había creado otra bienaventuranza antes de dar la versión de Q, de modo que siempre cabe la posibilidad de que la idea de persecución fuera en 5, 11 un añadido de Mateo, y que Lc 6, 22b reflejara mejor la versión de Q. En tercer lugar, la idea de persecución está presente sin ningún género de dudas en el *Evangelio de Tomás* 68, donde se dice: «Bienaventurados sois cuando os odien y os persigan donde ... os han perseguido». y en 69a se afirma: «Bienaventurados quienes son perseguidos [en su corazón]».

68. Jesús dijo: ¡Bienaventurados seréis vosotros cuando os aborrezcan y persigan; pero ellos no tendrán sitio en ese lugar hasta el cual os han perseguido

² *Power and Privilege: A Theory of Social Stratification*. (Nueva York 1966)

69a. Jesús dijo: Bienaventurados los que han sido perseguidos en su corazón. ¿A quién han conocido? ¡Al Padre de verdad! ¡Bienaventurados los hambrientos, porque se hartarán a su placer!

En resumen, da la impresión de que estamos ante una serie de verbos que indican desprecio, insulto y rechazo social, y que poco a poco van dando paso a otra expresión mucho más grave como «perseguir». A mi juicio, lo que habría dicho Jesús, basándose sin duda alguna en su propia experiencia, habría sido más o menos: «Bienaventurados los que son ultrajados y rechazados», mientras que las primitivas comunidades cristianas, basándose seguramente en su propia situación cada vez más peligrosa, lo habrían convenido en «Bienaventurados los perseguidos». Como dice John S. Kloppenborg³, comparando la aceptación del ultraje social que demuestran las bienaventuranzas con la experiencia análoga de los cínicos, «quienes dijeran "bienaventurados los pobres" no tardarían en ser blanco del odio y los insultos de la gente» (p. 51).

John Dominic Crossan

Jesús: vida de un campesino judío

Pag. 318-322

³ *Blessing and Marginality. The "Persecution Beatitude" in Q, Thomas and Early Christianity.* (1986)